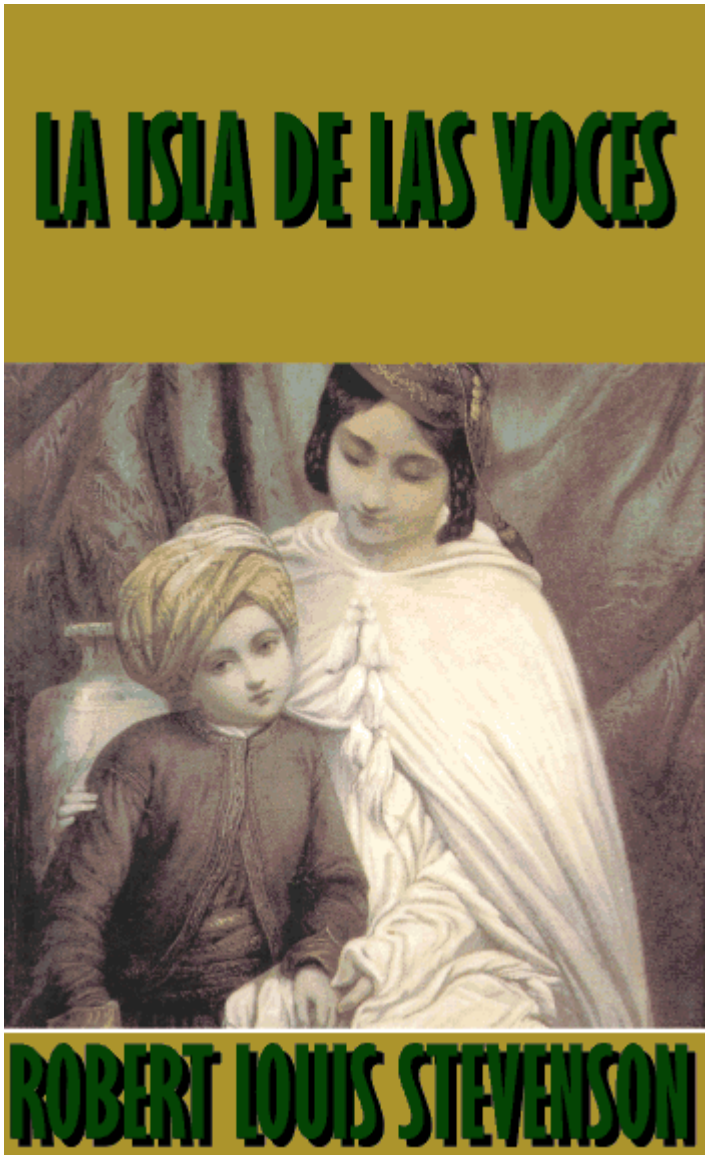
LIBROdot.com

LA ISLA DE LAS VOCES

ROBERT LOUIS STEVENSON



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Keola estaba casado con Lehúa, hija de Kalamake, el sabio de Molokai, y vivía con su suegro. No había hombre más sagaz que aquel profeta; leía en las estrellas, adivinaba mediante los cadáveres y con ayuda de los demonios, podía subir solo a las partes más altas de la montaña, a la región de los trasgos y allí conjuraba a los espíritus de la antigüedad.

Por este motivo no había nadie a quien en todo el reino de Hawai se le consultase tanto como a él. Gran número de personas compraban y vendían, y se casaban, y disponían sus vidas por sus consejos; y el Rey le llamó dos veces a Kona para buscar los tesoros de Kamehameha. Tampoco había hombre más temido: de sus enemigos, algunos habían contraído enfermedades en virtud de sus maleficios, y algunos habían desaparecido en alma y cuerpo, de tal modo que en vano podía buscar la gente un hueso de ellos. Corría el rumor de que tenía el arte o el don de los antiguos héroes. Le habían visto algunos por las noches sobre las altas montañas, subiendo de peñasco en peñasco; paseando en los altos bosques, y entonces, sus hombros y cabeza sobrepasaban la altura de los árboles.

Kalamake era un hombre extraño. Procedía de la mejor sangre de Molokai y Maui, de un linaje limpio; y sin embargo era más blanco que cualquier europeo; su pelo era de color de la yerba seca, y sus ojos rojos y muy cegatos, de modo que en la isla había el proverbio siguiente: «Ciego como Kalamake que puede ver a través del siguiente día.»

De todas estas cosas de su suegro, Keola sabía un poco por los comentarios de la gente, un poco más lo sospechaba, y lo demás lo ignoraba. Pero una cosa le intrigaba: Kalamake era hombre nada tacaño, ni para beber ni para comer ni para vestir; y todo lo pagaba en dólares brillantes. «Brillante como los dólares de Kalamake», era otro dicho en las Ocho Islas. Y con todo, él ni vendía ni plantaba ni cobraba rentas -sólo de vez en cuando algún emolumento por sus brujerías- y no había un manantial concebible para tanta moneda de plata.

Ocurrió un día que la esposa de Keola fue a visitar a Kaunakakai, en la costa de sotavento de la isla, y los hombres salieron al mar de pesca. Pero Keola era un perro perezoso, y se quedó tendido en el balcón contemplando las olas chocar contra la costa y las aves volar sobre las rocas. Los dólares brillantes no se le iban nunca del pensamiento. Cuando se acostaba consideraba cómo era posible que fuesen tantos, y cuando se levantaba por la mañana se asombraba de que todos fuesen nuevos; de modo que aquel pensamiento no se le iba nunca de la cabeza. Pero aquel día estaba él seguro de descubrir algo. Porque parece que había descubierto el sitio donde guardaba Kalamake su tesoro, que era una mesa escritorio fuertemente sujeta a la pared del salón bajo el retrato de Kamehameka V y una fotografía de la Reina Victoria coronada; y parece que la noche antes había tenido ocasión de mirar a su interior y ¡cosa extraña! el saco estaba vacío. Y esto fue el día del vapor; él veía el humo frente a Kalaupapa, y debía llegar pronto con cosas para comer, salmón en conserva y toda clase de alimentos para Kalamake.

-Pues si puede pagar hoy estos géneros -pensaba Keola- será cierto de que es un brujo y que los dólares salen del bolsillo del demonio.

Mientras pensaba así apareció detrás suyo su suegro, con aspecto preocupado.

-¿Aquello es el vapor? -preguntó.

-Sí -respondió Keola-, primero hará escala en Pelekunu y en seguida estará aquí.

-Pues si puede pagar hoy estos géneros -pensaba Keola-, a falta de otro mejor, debo hacerte una confidencia, Keola; ven dentro.

Entraron los dos al salón que era un aposento hermoso empapelado y cubierto de cuadros y amueblado con una mecedora, una mesa y un sofá de estilo europeo. Además había un estante con libros, una Biblia sobre la mesa y un escritorio cerrado y sujeto a la pared; de modo que cualquiera podía comprender que el dueño de la case era hombre de importancia.

Kalamake hizo que Keola cerrase los postigos de las ventanas mientras que él cerraba las puertas y abría la mesa escritorio, de la que sacó un par de collares llenos de amuletos y conchas, un manojo de hierbas secas y una gran rama de palma.

-Lo que voy a hacer -dijo- es una cosa maravillosa. Los antiguos eran hombres de sabiduría; hacían maravillas, y entre otras ésta; pero era de noche, en el desierto y al fulgor de las estrellas propicias. Pero yo haré lo mismo en mi propia casa y a la luz del día.

Diciendo esto puso la Biblia bajo el cojín del sofá de modo que no se viese, sacó del mismo sitio un petate de un tejido muy fino y amontonó las hierbas y las hojas sobre arena en una olla de estaño. Y después él y Keola se pusieron los collares y se tocaron en los extremos opuestos del petate.

-Ya es hora -dijo el brujo-. No temas.

Entonces pegó fuego a las hierbas y empezó a murmurar y a agitar la rama de palma. Al principio había poca luz, porque los postigos estaban cerrados; pero las hierbas prendieron pronto y las llamas iluminaron a Keola y a todo el cuarto; después el humo le mareó y oscureció la vista y oyó el zumbido de los masculladas rezos de Kalamake. Y de pronto, sobre el petate en que ambos estaban descargaron unas ráfagas o llamaradas más rápidas que un relámpago. En el mismo momento desapareció de los ojos de Keola el cuarto y la casa y él perdió el aliento. Columnas luminosas giraban sobre su cabeza y en torno de su vista y se encontró transportado a una playa del mar, bajo un sol abrasador y ante unas olas imponentes; él y el brujo estaban sobre el mismo petate, murmurando y gesticulando el uno hacia el otro y pasándose las manos por los ojos.

-¿Qué ha sido esto? -exclamó Keola, que volvió en sí el primero por ser más joven-. Me parecía que iba a morir.

-Bah -respondió Kalamake-, ya no tiene importancia, ya está hecho.

-Pero en nombre de Dios -gritó Keola-, ¿dónde estamos?

-Tampoco importa -replicó el hechicero-. Aquí tenemos la cosa entre las manos y a ello debemos atender. Mientras recobro el aliento ve al lindero de ese bosque y tráeme estas hierbas y estas ramas, que verás allí en abundancia: tres manojos de cada cosa y date prisa; debemos estar de vuelta antes que llegue el vapor, pues parecería extraño que hubiésemos desaparecido -y se sentó en el suelo jadeando.

Keola avanzó por la playa que era de brillante arena y coral, sembrada de extraño conchas; y pensó para sí:

-¿Cómo es que no conozco esta playa? Volveré a recoger conchas de éstas.

Frente de él se elevaba una hilera de palmas, no conocidas y hermosas y dejando pendientes anchas ramas marchitas y amarillas como oro entre el verde follaje; y pensó en su interior:

-Es extraño que yo no haya encontrado este bosque. Cuando haga calor me vendré aquí a dormir. ¡Pero qué calor se ha levantado de pronto! -pues se ha de notar que en Hawai era invierno y el día había sido frío. Y pensó también-: ¿Dónde están las montañas grises? ¿Y dónde los altos peñascos con aquel bosque pendiente y las aves que giran encima?

Y cuanto más lo pensaba, menos podía imaginar en qué parte de las islas había ido a parar.

En el borde del bosque, donde éste se juntaba con la playa, crecía la hierba; pero las ramas del arbusto pedido crecían más adentro. Mientras Keola se acercaba al árbol vio a una joven completamente desnuda, excepto que llevaba un cinturón de hojas.

-¡Caramba! -pensó Keola-, en esta parte del país no se preocupan mucho por la ropa. -Y se detuvo, suponiendo que la joven le vería y escaparía; pero viendo que ella seguía impávida, él empezó a tararear en voz alta. Al oírlo, ella dio un salto, se puso pálida y miró

hacia el lado donde estaba Keola, y su boca quedó abierta de espanto; pero lo raro es que su mirada no se fijaba en Keola.

-¡Dios mío! -dijo éste-. ¡No se espante usted tanto, que no me la voy a comer! -pero apenas había abierto la boca, cuando la joven huyó bosque adentro.

-¡Costumbres raras! -pensó Keola; y sin pensar en lo que hacía corrió tras ella.

La joven iba corriendo y gritando en una lengua que no se usa en Hawai, aunque algunas palabras eran idénticas y él comprendió que llamaba y avisaba a otros. Y de pronto vio a más personas corriendo y gritando, como gente que huye de un incendio: hombres, mujeres y niños, gritándose unos a otros. Y entonces él también se llenó de temor y volvió al lugar donde esperaba Kalamake y le llevó las hojas refiriéndole lo que había visto.

-No hagas caso -dijo Kalamake-. Todo esto es como sueño y sombras. Todo desaparecerá y será olvidado. -Parecía que nadie me veía -dijo Keola.

-Y nadie te ha visto -replicó el brujo-; podemos andar aquí a la luz del sol completamente invisibles por virtud de estos amuletos. Con todo, ellos nos oyen y por esto es bueno hablar bajo, como yo lo hago.

Después se levantó y formó con piedras un círculo en torno del petate, y en el centro puso las hojas.

-Ahora -le dijo-, deberás mantener las hojas ardiendo, alimentando el fuego poco a poco. Mientras que hacen llama, que sólo es un momento, yo haré mi diligencia y antes que negreen las cenizas, el mismo poder que nos trajo nos llevará de nuevo. Prepárate con el fósforo y llámame a tiempo, no sea que las llamas se apaguen y yo me quede abandonado.

Tan pronto como prendieron las llamas el brujo saltó fuera del círculo como un ciervo y comenzó a correr por la playa como un galgo recién salido del baño. Mientras corría se detenía ligeramente para recoger conchas y a Keola le pareció que al tomarlas relumbraban. Las hojas ardían con brillante llama que las consumía de prisa; y pronto Keola sólo tuvo un manojo, y el brujo estaba lejos corriendo y deteniéndose.

-Vuelve -gritó Keola-; vuelve, las hojas están acabándose.

Entonces Kalamake volvió, y si antes corría, ahora volaba; pero por mucho que corría, las hojas se consumían más aprisa. La llama última iba a extinguirse, cuando de un gran salto, fue a caer al centro del petate. El aire del salto la apagó, y entonces desapareció la playa, el sol y el mar y se hallaron de nuevo en la oscuridad del cerrado salón estremeciéndose y cegados; y en el petate, entre ellos, había un montón de brillantes dólares.

Keola corrió a abrir los postigos y vio al buque cabeceando majestuosamente cerca ya de tierra.

La misma noche Kalamake llamó aparte a su yerno y, dándole cinco dólares, le dijo:

-Si eres hombre prudente (cosa que dudo bastante) pensarás que dormiste esta tarde en el balcón y que soñaste. Soy hombre de pocas palabras y quiero que los que me ayudan tengan poca memoria.

Kalamake no dijo más palabras, ni se refirió más el asunto; pero Keola se erguía a sí mismo que, si antes era ya perezoso, cómo iba a trabajar entonces.

-¿Para qué trabajar-se decía- cuando tengo un suegro que hace dólares de las conchas del mar?

Muy pronto gastó los cinco que le dio su suegro; pues se compró ropas finas y después se entristeció.

-Mejor -pensaba-, hubiera sido comprarme una concertina, con la cual me hubiese entretenido todo el santo día -y empezó a estar de morros con Kalamake.

-Este hombre tiene alma de perro -pensaba-. Puede amontonar dólares cuando le viene en gana, en la playa, y deja que yo carezca de una concertina. Pues que tenga cuidado; yo no soy

ningún chiquillo, soy tan listo como él y poseo su secreto -después se quejó a su esposa Lehúa de la conducta de su padre.

-Yo no me enfrentaré a mi padre -respondió Lehúa-; es hombre peligroso para hacerle la contra.

-Pues a mí no se me da de él ni esto -replicó Keola triscando la uña-; le tengo por las narices. Puedo hacer que él ejecute lo que yo quiera -y contó a Lehúa la historia.

Pero ella meneó la cabeza.

-Puedes hacer lo que quieras -dijo ella-; pero de seguro que en cuanto te opongas a mi padre desaparecerás. Mira lo que le pasó a fulano y a mengano; piensa en Húa, que era un noble de la Cámara de Representantes y que iba a Honolulu cada año; pues no se encontró de él ni un hueso ni un cabello. Acuérdate de Kamau y cómo adelgazó hasta quedar convertido en un hilo, de modo que su esposa le podía levantar con una mano. Keola, en las manos de mi padre, eres una criatura; te cogerá con el pulgar y el índice y te comerá como a un camarón.

Keola recibió, pues, gran temor hacia Kalamake; pero como era también fanfarrón, estas palabras de su esposa le excitaron.

-Perfectamente -respondió-, si eso es lo que piensas de mí, te demostraré que te equivocas completamente.

Y se dirigió directamente al salón donde su suegro estaba sentado en el salón.

-Kalamake -dijo-, necesito una concertina. -¿De veras? -preguntó aquél.

-Sí -respondió Keola-, y te digo que quiero tenerla. Un hombre que puede recoger dólares en la playa, puede ciertamente proporcionarme una concertina.

-No creía yo que fueses tan osado -replicó el mago-. Me pensaba que eras tímido, y no puedes imaginarte el placer que experimento al ver que me he engañado. Ahora empiezo a pensar que me hace falta un ayudante y sucesor en mi difícil negocio. ¿Una concertina? Tendrás la mejor que haya en Honolulu. Y esta noche, en cuanto oscurezca, iremos tú y yo en busca del dinero.

-¿Volveremos a la playa? -preguntó Keola.

-No, no -replicó Kalamake-; debes empezar a conocer otros secretos míos. La última vez te enseñé a recoger conchas; esta vez te enseñaré a pescar peces. ¿Tienes bastantes fuerzas para echar al agua el bote de Pili?

-Creo que sí -replicó Keola-. ¿Pero por qué no llevamos el tuyo que está ya a flote?

-Lo entenderás todo antes de mañana -dijo Kalamake-. El bote de Pili es el más a propósito para mi intento. De modo que si quieres nos encontraremos allí en cuanto anochezca; y, entretanto, silencio, porque no hay motivo para que nadie de la familia se entere de nuestro negocio.

Ni la miel es más suave que era la voz de Kalamake, y Keola apenas pudo contener su satisfacción.

-Hace semanas -pensó-, que podía yo haber tenido ya mi concertina; en este pícaro mundo lo que hace falta es un poco de ánimo.

De repente vio que Lehúa lloraba y estuvo a punto de decirle que todo iba bien.

-Pero no -pensó-; esperaré hasta enseñarle la concertina; veremos qué hará entonces; quizás comprenda que su marido es hombre de pesquis.

En cuanto anocheció, suegro y yerno echaron al agua el bote de Pili y se hicieron a la vela. Había mar de fondo y un fuerte viento de sotavento, pero el bote era rápido y ligero y cortaba las olas. El brujo tenía una linterna, que encendió y metió por una cuerda; y ambos se sentaron en la popa y fumaron cigarrillos de los que Kalamake siempre tenía una gran provisión, y hablaron, como amigos, de la magia y de las grandes sumas de dinero que podían hacer mediante su ejercicio, y de lo que habían de comprar primero y de lo que habían de comprar en segundo lugar y Kalamake hablaba como un padre.

De repente miró en torno suyo y a las estrellas de encima y detrás a la isla, que apenas se veía ya en lontananza, y pareció considerar maduramente su posición.

-Mira -dijo-, ahí está Molokai ya lejos detrás de nosotros, y Moui parece una nube; y por la orientación de esas tres estrellas conozco haber llegado al sitio que deseaba. Esta parte del océano se llama Mar del Muerto. Es muy hondo y el fondo está cubierto de huesos de hombres y en las profundidades de esta parte habitan dioses y duendes. La corriente del mar se dirige hacia el norte tan fuerte que ni un tiburón puede remontarla, y cualquier hombre que cae aquí desde un navío va hacia el interior del océano con más rapidez que galopa un caballo desbocado. Luego cae al fondo, sus huesos quedan esparcidos con los de los otros, y los dioses devoran su espíritu.

Al oír aquello, Keola se llenó de pavor y miró; y a la luz de las estrellas y de la linterna vio que el brujo se desnudaba. -¿Qué le duele a usted? -preguntó Keola acongojado. A mi nada-replicó el brujo-, pero hay uno aquí que está muy enfermo.

Mientras decía esto cogió mano a la linterna, y, cosa admirable, al tocar con el dedo la cuerda que la sujetaba, la cuerda se quemó y la mano creció hasta tener el tamaño de un árbol.

Al ver tal cosa, Keola gritó y se cubrió el rostro. Pero Kalamake levantó la linterna.

-¡Mírame a la cara! -dijo; y su cabeza parecía un tonel; y no obstante aún siguió creciendo y creciendo, como crece una nube sobre una montaña; y Keola seguía sentado ante él gritando y el bote se deslizaba rápido sobre las enormes olas.

-Pues bien- dijo el brujo-, ¿qué opinas ahora de tu concertina? ¿No querrías mejor una flauta? ¿No? Está bien, no quiero que los de mi familia sean inconstantes. Pero empiezo a creer que haría mejor en salirme de este podrido bote, porque crezco de manera extraordinaria y si no tenemos cuidado naufragará.

Diciendo así echó sus piernas al mar y todavía creció unas treinta o cuarenta veces el tamaño de un hombre, tan rápidamente como la vista o el pensamiento, de manera que estando de pie en el fondo del mar, el agua de la superficie le llegaba a los sobacos, y su cabeza y espaldas surgían como una isla alta y las olas le golpeaban el pecho y se rompían contra él, corno azotan y baten un acantilado. El bote corría aún hacia el norte, pero él alargó su mano, tomó la borda entre el índice y el pulgar y quebró el costado como una galleta, y Keola cayó precipitado al mar. Los trozos del bote los hizo añicos el brujo en la palma de su mano y luego fueron arrastrados por la corriente.

-Me disculpas -dijo él- que me lleve la linterna, porque tengo aún mucho que vadear y la tierra está lejos, y el fondo del mar es desigual y siento los huesos de los muertos bajo mis talones.

Y se volvió y se alejó a grandes zancadas, y al sumergirse Keola en el agua y al salir de ésta al momento, le vio ir a lo lejos con la linterna levantada sobre su cabeza y las olas rugientes en torno suyo.

Desde que las islas surgieron del mar jamás hubo hombre tan asustado como Keola. Él nadaba, ciertamente, pero nadaba como los gozquejos que se arrojan al agua para que se ahoguen, sin saber en qué dirección. No podía pensar en otra cosa que en el enorme crecimiento del brujo, en su rostro tan grande como una montaña, en aquellos hombros tan anchos como una isla, y en las olas que le golpeaban en vano. Pensaba también en la concertina y se avergonzó; y en los huesos de los muertos, y le entró aún más temor.

De pronto se dio cuenta de una masa oscura que se balanceaba contra el cielo; vio una luz baja, el resplandor del mar hendido y oyó voces de hombres. Gritó y le respondieron; y al momento vio sobre sí la proa de un navío que se balanceaba sobre las olas. Se agarró con ambas manos a una cadena y pasó en un momento del abismo a bordo, levantado por los marineros.

Le dieron ginebra y galleta y ropa seca y le preguntaron por qué accidente le habían encontrado y si la luz que habían visto era la del faro de Lae o Ka Laau. Pero Keola sabía que los blancos son como los niños y sólo creen sus propias historias; de modo que, respecto de sí, les dijo lo que bien le pareció, y respecto de la luz, que era la linterna de Kalamake, les dijo que él no había visto ninguna.

Aquel barco era un bergantín que iba a Honolulu, y, por suerte de Keola, había perdido un hombre que había caído de la proa en una turbonada. No convenía hablar. Keola no se atrevía a seguir en las Ocho Islas. La palabra se escapa tan rápidamente, y a los hombres les gusta tanto charlar y contar noticias, que aunque él se escondiese en el extremo sur de Kau, el brujo oiría hablar de él antes de un mes y lo haría perecer. De modo que hizo lo que le pareció más prudente y se quedó como marinero en vez del hombre que se había ahogado.

De algún modo el barco era un buen escondite. El alimento era muy abundante y sustancioso, con galleta y cecina cada día, y sopas de guisantes y pudines de harina y grasa dos veces a la semana, de manera que Keola engordó bastante. El capitán era un buen sujeto, y la tripulación no era peor que otros blancos. Lo peor era el contramaestre, el hombre más difícil de contentar que había visto jamás Keola, y que le pegaba y maldecía diariamente y a toda hora, por lo que hacía y por lo que dejaba de hacer. Los golpes eran muy duros, porque el contramaestre era hombre fuerte; y las palabras que usaba eran groseras, y Keola, que venía de buena familia y estaba acostumbrado el respeto, no las podía sufrir. Y lo que era peor de todo, siempre que Keola tenía ocasión de reposar y dormir un poco, el contramaestre iba a despertarlo en seguida con un cabo. Keola comprendió que no podría aguantar aquello, y se determinó a escapar.

Haría un mes que habían salido de Honolulu cuando vieron tierra. Era una noche tranquila y estrellada y el mar estaba tan sosegado y bello como el cielo; soplaba un alisio continuo y la isla se erguía por barlovento presentando hacia el mar una faja de palmeras en toda la extensión de la costa. El capitán y el contramaestre la observaron y hablaron de ella cerca de la rueda del timón en la que se encontraba entonces Keola de guardia y siguiendo el rumbo que le habían marcado. Parecía que era una isla a la que no se acercaban barcos mercantes. Según el capitán no vivía nadie en ella; pero el contramaestre opinaba lo contrario.

-Yo -dijo- no creo en las noticias que insertan las cartas; porque respecto de esta isla asegura que está deshabitado y yo pasé una noche cerca de ella con el bergantín Eugenia y había mucha gente pescando a la luz de hachas y en la playa había tantas luces como en una ciudad.

-Bueno, bueno -respondió el capitán-; lo más importante es que es demasiado acantilada; y la carta no marca ningún peligro, de modo que pasaremos a la costa de sotavento. ¡Evita el cabeceo! ¿No te lo he dicho bruto? -gritó a Keola que los estaba escuchando con tal atención que se olvidó del gobernalle.

El contramaestre le maldijo y juró y perjuró que el canaco no valía para nada, y que si agarraba un Keola se había de acordar de él.

Y así el capitán y el contramaestre se echaron juntos en el castillo del puente y Keola se quedó solo.

-Esta isla me va muy bien -pensó- si no se acercan a ella buques mercantes, el contramaestre no vendrá nunca a ella y lo que es Kalamake, no puede ser que venga tan lejos.

Tal como lo pensó lo hizo el bergantín hacia la playa, pero de sesgo. Tenía que llevar aquella operación con cuidado, porque con aquellos blancos y, sobre todo, con aquel contramaestre, todas las precauciones eran pocas; puesto que dormían o fingían dormir, y si una vela se encogía se levantaban y espabilaban con un cabo al canaco. Por esto Keola desvió el

rumbo del bergantín poco a poco hasta que de pronto la tierra estuvo cercana y el ruido del mar junto al buque se hizo más intenso.

Entonces el contramaestre se sentó de repente en el castillo, gritando:

-¿Qué haces? ¿Vas a estrellar el barco?

Y saltó hacia Keola y éste dio otro por cima de la borda y se lanzó al estrellado mar. Cuando subió a la superficie, el bergantín seguía ya la ruta verdadera, yendo en el gobemafle el contramaestre en persona, a quien oyó todavía Keola maldecir. El mar estaba tranquilo a sotavento de la isla; además estaba templado, y Keola llevaba su cuchillo de marino, de modo que no temía a los tiburones. Un poco enfrente de él cesaban los árboles y en la línea de tierra había una abertura como la entrada de un puerto y la marea que subía entonces, le arrastró por ella. En un minuto se encontró fuera y dentro: había nadado en una agua espaciosa y somera, brillante con el reflejo de millares de estrellas; y en torno de él vio un cinturón de tierra con su faja de palmeras. Y quedó asombrado, porque la isla era tal que él no había oído jamás hablar de ella.

La estancia de Keola en aquel paraje tuvo dos períodos; el período en que estuvo solo, y el período en que vivió con la tribu. Al principio buscó en todas direcciones y no encontró ser humano; sólo una pequeña aldea abandonada en que había varias casas, y algunos restos de hogueras. Pero las cenizas estaban frías y esparcidas por la lluvia; y algunas de las casuchas estaban destechadas por el viento. Allí estableció Keola su morada; preparó el fuego y pescó y cogió los pescados, y trepó a las palmeras y cogió cocos-mudas y bebió su agua, porque en toda la isla no la había natural. Con una cáscara de coco hizo una lámpara y extrajo aceite de los cocos maduros y de la fibra hizo una torcida; y cuando se hacía de noche se encerraba en su casita y encendía su lámpara y acostado estaba temblando hasta que amanecía. Muchas veces pensó en su interior que habría estado mejor en el abismo del mar, mezclados allí sus huesos con los de los otros.

Todo este tiempo vivió él en la parte interior de la isla porque la pequeña aldea estaba a orillas de la laguna y en ésta había abundante y buen pescado. Y a la parte exterior sólo fue una vez y miro a la playa del mar y se volvió temblando; porque el aspecto de aquella playa con su arena brillante y las conchas de que estaba sembrada y el ardiente sol y la resaca le produjeron terrible aprensión.

-No puede ser -pensaba-, y, sin embargo, es muy semejante. ¿Y yo qué sé? Esos blancos, aunque pretenden saber dónde navegan, se pueden equivocar como todo el mundo. Después de todo puede ser que hayamos navegado en círculo y tal vez esté cerca de Molokai y esta playa sea en la que mi suegro coge sus dólares.

De modo que desde entonces fue prudente y vivió en el interior de la isla.

Cosa de un mes después llegó la gente de aquel lugar, en seis grandes botes. Eran hombres de hermosa raza y hablaban una lengua de muy diferente sonido de la de Hawai, aunque tenía muchas palabras idénticas, de modo que no era difícil entenderse con ellos. Además los hombres eran muy corteses y las mujeres muy complacientes; y saludaron a Keola y le hicieron una casa y le dieron una esposa; y, lo que más le sorprendía fue que nunca le enviaban a trabajar con los jóvenes.

Y la vida de Keola tuvo ahora tres etapas: primero estuvo muy triste, después muy alegre, y luego, en el tercer período, fue el hombre más asustado de la tierra.

El motivo de su pesar fue la esposa que le dieron; porque si él dudaba de la isla y podía dudar del lenguaje de sus moradores, del que tan poco había oído cuando había estado en ella con el brujo, de aquella mujer no podía dudar, porque era cabalmente la misma que delante de él había huido por el bosque. De modo que había navegado en vano, y más le valía haberse quedado en Molokai; y había abandonado a la patria y la esposa y los amigos sólo para escapar de su enemigo, y el sitio donde había ido a refugiarse era el campo de caza del

hechicero, y aquella playa era donde aquél caminaba invisiblemente. En este período fue cuando vivió con más anhelo en el interior de la isla sin atreverse a salir del abrigo de su pequeña casa.

La causa de la alegría fue la conversación que oyó de su esposa y de los principales isleños. Keola por su parte decía muy poco. No estuvo nunca muy seguro de sus nuevos amigos, porque los veía excesivamente corteses para que fuesen sinceros, y desde que había trabado amistad más profunda con su suegro, se había vuelto prudente. Por esto no les dijo nada de sí mismo, fuera de su nombre y familia y de que venía de las Ocho Islas, y que éstas eran muy hermosas; y les habló del palacio del rey y de los misioneros. Hizo muchas preguntas y aprendió mucho. La isla en que se encontraban se llamaba Isla de las Voces; pertenecía a la tribu, pero ésta vivía en otra isla a tres horas de vela hacia el sur, donde tenían sus casas permanentes, y era una isla rica, donde había huevos, gallinas y cerdos, y adonde llegaban barcos mercantes, con ron y tabaco. Allí es donde había llegado el bergantín después que lo abandonó Keola; y allí había muerto el contramaestre, como necio europeo que era; porque cuando llegó el bergantín empezaba la temporada enfermiza de la isla, cuando los peces de la laguna se vuelven venenosos, y cuantos los comen se hinchan y mueren. Dijeron esto al contramaestre; éste vio los botes preparados para la marcha, porque en dicha estación la tribu abandona la isla y se dirige hacia la Isla de las Voces; pero era un blanco insensato, que no creía más historias que las suyas, y pescó un pez, lo guisó y lo comió, y se hinchó y murió; esta noticia fue muy alegre para Keola. En cuanto a la Isla de las Voces, estaba solitaria la mayor parte del año; sólo de vez en cuando venía algún bote por copra, y en la estación mala, cuando los peces se tornan venenosos en la isla principal, toda la tribu iba a vivir en ella. Su nombre era debido a algo extraordinario, porque parecía que el lado del mar de la isla estaba poblado de invisibles duendecillos; día y noche se los oía hablar entre sí con lenguas extrañas; día y noche se veían encenderse y apagarse pequeñas hogueras sobre la playa; y nadie podía concebir cuál era la causa de aquello. Keola les preguntó si sucedía lo mismo en la otra isla donde vivían de asiento y le respondieron que no; ni tampoco en ninguna de las innumerables islas de aquel mar, sino que aquello era peculiar de la Isla de las Voces. Le dijeron que aquellas voces se oían siempre en la playa y en los linderos marinos del bosque pero que cerca de la laguna podría un hombre vivir dos mil años (si tanto alcanzara su vida) sin sufrir ninguna molestia de aquéllas y que aun en la playa los demonios no hacían daño si se los dejaba solos. Solamente una vez un jefe había lanzado un venablo contra una de las voces y la misma noche se cayó de una palmera y murió.

Keola reflexionó durante bastante tiempo. Se dio cuenta que cuando la tribu regrese a la isla principal él no tendría nada que temer viviendo cerca de la laguna; no obstante quiso estar más seguro y así dijo al jefe principal que él había estado en cierta ocasión en una isla que padecía de semejante inconveniente y que el pueblo había encontrado un medio de librarse de aquel mal.

-Crecía allí -les dijo- un árbol en el bosque y parece que los demonios iban a coger las hojas de él. El pueblo de la isla cortó todos aquellos árboles y los demonios no acudieron más a ella.

Le preguntaron qué árbol era aquél y él les mostró el árbol del que Kalamake había quemado hojas; y aunque, les pareció increíble, con todo se les grabó la idea. Noche tras noche, los ancianos la discutían en sus consejos, pero el jefe principal, aunque era valiente, tenía temor de aquel asunto y les recordaba cada día el jefe que arrojó un venablo contra una de las voces y fue luego muerto, y aquel recuerdo les contenía. Aunque no pudo todavía conseguir la destrucción de los árboles, Keola estaba muy contento y comenzó a disfrutar de la vida; y fue más amoroso con su esposa, de modo que ésta le cobró un gran amor. Un día al llegar él a la casita, la encontró en el suelo llorando.

-¿Qué te pasa? -la preguntó Keola. Ella le respondió que nada.

La misma noche, ella le despertó. La lámpara apenas lucía, pero él vio que el rostro de la joven denotaba un gran dolor. -Keola -le dijo-, pon tu oído en mi boca, para que te hable sin que nadie nos oiga. Dos días antes de que empiecen a disponer los botes para la partida vete a la costa y te escondes en el bosque. De antemano escogeremos ambos el sitio y esconderemos alimentos, y cada noche yo iré por allí cerca cantando; de modo que cuando venga una noche en que no me oigas, podrás salir con seguridad, porque será prueba de que nos habremos marchado ya de la isla.

Keola sintió un pavor terrible.

-¿Qué es esto? -dijo-, yo no puedo vivir entre demonios.

-¿No es posible que yo me quede abandonado en esta isla que tengo ansias de abandonar?

-No la abandonarás nunca vivo, mi pobre Keola -respondió la joven-; porque, para decirte la verdad, mi gente es antropófaga; pero esto lo mantienen en secreto. Y la razón de que te maten antes de que nos marchemos de la isla es porque a la isla principal van barcos, y hay allí un comerciante blanco en una casa con un balcón, y un catequista. ¡Oh, aquél es un paraje precioso en verdad! El comerciante tiene barriles llenos de harina; y una vez fue allí un barco de guerra francés y entró en la laguna y dio a todos vino y galleta. ¡Ah, mi pobre Keole, ojalá que te pudiese yo llevar allá, porque te tengo un gran amor y aquel país es el más precioso de todos los mares, excepto Papita!

A partir de entonces Keola fue el hombre más aterrorizado del mundo. Había oído hablar de los caníbales de las islas del sur y siempre le había causado horror el sólo pensar que podía caer en sus manos, y hete aquí que en ellas había caído. Además por ciertos viajeros se había enterado de sus costumbres y de que, cuando quieren comerse a uno, primero lo acarician y lo alimentan como una madre a su pequeño favorito. Y vio que esto era lo que habían hecho con él porque le habían dado casa, alimentos y esposa, prohibiéndole todo trabajo; y comprendió por qué los ancianos y los jefes discurrían con él como con persona de autoridad. Así se estiró en su cama lamentándose de su suerte, y la carne se le volvía de gallina.

Al otro día los de la tribu se mostraron con él tan corteses como de costumbre. Eran elocuentes y poetas, y durante la comida mantenían conversaciones ingeniosas y bromeaban tan ingenuamente, que un misionero se hubiera muerto de risa oyéndolos. Pero a Keola maldito lo que le importaban sus finos modales; no veía sino sus dientes relucientes en las bocas, y aquella vista le hacía estremecer, y cuando acabaron de comer, él se fue al bosque y se tendió desesperado en la maleza como un loco.

Al otro día ocurrió lo mismo, y entonces su esposa lo siguió.

-Keola-le dijo-, si no comes te digo sencillamente que te matarán y guisarán mañana, porque algunos de los principales ancianos murmuran ya, pues piensan que has enfermado y temen que pierdas carnes.

Entonces Keola se estiró airado.

-Bueno -dijo-, tanto se me da lo uno como lo otro. Estoy entre el demonio y el profundo mar. Puesto que debo morir acabaré lo más pronto posible, y si he de ser comido prefiero que me coman los duendes y no los hombres. Adiós. Y separándose de su esposa se dirigió a la playa.

Estaba ésta inundada de sol ardiente; no se veían señales de ser humano, pero en la arena aparecían pisadas y en torno suyo, mientras él avanzaba, oía las voces hablar y murmurar y pequeñas hogueras encenderse y apagarse. Allí se oían todas las lenguas de la tierra: francés, holandés, ruso, tamul, chino. De todos los países donde era conocida la hechicería había gente allí y Keola los oía murmurar. Aquella playa estaba más animada que una feria, y con todo no se veía a nadie; y mientras Keola andaba veía que las conchas desaparecían ante su

vista y no veía a los que las levantaban. El demonio en persona hubiese tenido miedo de estar solo con semejante compañía; pero Keola estaba más que espantado con el otro peligro de la muerte a manos de los antropófagos, de modo que en cuanto veía una hoguera echaba a correr hacia ella como un toro. Entonces sonaban de un lado y de otro voces incorpóreas, e invisibles manos vertían puñados de arena sobre las llamas y desaparecían de la playa antes de que él las alcanzase.

-Es claro que Kalamake no está aquí -pensó él-, o de lo contrario ya me habría muerto.

Se sentó, pues, en el borde del bosque, porque estaba fatigado, y apoyó su barbilla en ambas manos. Ante sus ojos continuaba la misma escena; la playa resonaba de voces y los

fuegos se encendían y se apagaban, y las conchas desaparecían y eran renovadas nuevamente aun estando él mirándolas.

-El día que estuve aquí -se dijo- fue seguramente un día extraordinario, porque no oí nada de esto.

Y su cabeza enloquecía de pensar en aquellos millones de millones de dólares y en aquellos centenares de personas que iban a buscarlos a la playa y que volaban luego por los aires más altos y de prisa que las águilas.

-¡Y pensar -se decía- que me han engañado hablándome de casas de moneda cuando es evidente que todas las monedas nuevas del mundo salen de aquí! ¡Pero otra vez ya lo sabré mejor!

Y por fin, no supo cómo ni cuándo, Keola se durmió y se olvidó de la isla y de sus penas.

Al amanecer del día siguiente, antes de que estuviese alto el sol, le despertó un gran ruido. Sintió mucho miedo, porque pensó que la tribu le había descubierto; pero no era así. Solamente en la playa las voces incorpóreas se gritaban unas a otras y parecía que todas pasaban junto a él, dirigiéndose hacia arriba por la costa de la isla.

-¿Qué pasa ahora? -se preguntó Keola; porque era evidente que ocurría algo extraordinario, pues no se encendían hogueras ni desaparecían al ser recogidas las conchas; pero las voces incorpóreas seguían avanzando y gritando y extinguiéndose; y tras las seguían, y por el tono de ellas, se conocía que aquellos brujos debían de estar airados.

-Conmigo no estarán enfurecidos -pensó Keola-, puesto que pasan cerca de mí sin hacerme daño.

Como cuando corre una jauría de galgos, o los caballos en una carrera, o la gente de una ciudad acude a un incendio, y todos los hombres se reúnen y siguen a los otros, así le sucedió entonces a Keola.

Y sin saber lo que hacía ni por qué, echó a correr tras las Voces.

Dobló, pues, una punta de la isla y desde allí vio otra que era donde crecían en un bosque los árboles que servían para los fuegos de los brujos. De esta segunda punta surgía un alboroto indescriptible de voces; y aquellas con quienes Keola corría se dirigían hacia allí. Cuando estuvo un poco más cerca, oyó entre la gritería el rumor de muchas hachas que cortaban los troncos de los árboles. Entonces comprendió que el jefe principal de la tribu había por fin consentido lo que él había propuesto; que los hombres de la tribu se habían puesto a talar los árboles, y que la noticia había corrido de brujo en brujo por la playa, reuniéndose por fin todos para defender sus árboles. El deseo de presenciar cosas extrañas se apoderó de Keola, por lo cual, siguiendo a las voces, cruzó la playa y llegó a las lindes del bosque y se quedó asombrado. Un árbol había ya caído; otros se tambaleaban; allí estaba reunida toda la tribu; estaban los hombres espalda con espalda, y había algunos caídos y bañados en sangre. Sus rostros denotaban un espanto indecible; sus voces se elevaban al cielo tan agudas como el grito de una comadreja.

¿Habéis visto un niño cuando está solo y tiene una espada de madera y lucha saltando y acometiendo al aire? Pues eso hacían los antropófagos defendidos espalda con espalda; y al-

gunos caían gritando y no se veía a nadie luchando con ellos; sólo de vez en cuando Keola veía un hacha que se blandía en el aire, sin manos, contra ellos, y de vez en cuando un hombre de la tribu caía partido en dos o destrozado y su alma le abandonaba gritando.

Keola observó la escena durante un rato como si soñara y después se apoderó de él un temor mortal y se dispuso a huir. En aquel mismo momento el jefe principal de la tribu le distinguió y le llamó por su nombre. Entonces toda la tribu le vio también y los ojos de todos relucieron y chasquearon los dientes.

-Estoy demasiado lejos aquí -pensó Keola, y escapó del bosque playa abajo sin mirar a dónde.

-¡Keola! -gritó una voz muy cerca, en la desierta arena.

-¡Lehúa! ¿Eres tú? -gritó él; y abrió más los ojos para verla, pero en vano; porque no se veía a nadie.

-Te vi pasar antes -respondió la voz-, pero no me hubieses oído. Pronto: trae las hojas y las hierbas y huyamos. -¿Tienes el petate? -preguntó él.

-Sí, aquí, a tu lado -dijo ella, y le echó los brazos al cuello-. ¡Pronto, las hojas y las hierbas, antes de que mi padre pueda volver!

Keola para salvarse corrió a buscar el mágico combustible; y Lehúa le guió hacia el lugar y lo puso sobre el petate e hizo la hoguera. Durante el tiempo que ésta ardió se estuvo oyendo el ruido de la batalla del bosque, en el que luchaban denodadamente brujos y antropófagos; los brujos, invisibles, rugían como toros salvajes en la montaña y los antropófagos, respondían con aterrados gritos que manifestaban su gran espanto. Keola estuvo escuchando y se estremecía, y veía cómo las invisibles manos de Lehúa echaban las hojas. Las echó con rapidez, y la llama subió alta y chamuscó las manos de Keola, y ella apresuraba la combustión, soplando con su aliento. Se consumióse la última hoja, se apagó la llama, se siguió el choque, y Keola y Lehúa se encontraron en la habitación de su casa.

Cuando Keola pudo ver a su mujer se alegró enormemente, tuvo gran placer de hallarse en su patria, en Molokai y de comer sus platos favoritos, porque en el buque no los hacían y tampoco los había en la Isla de las Voces, y no cabía en sí de alegría de pensar que había escapado de los antropófagos. Pero el otro asunto no estaba aún claro y Lehúa y Keola hablaron de ello toda la noche y estuvieron con cuidado. En la isla había quedado Kalamake. Si, por la gracia de Dios, no podía salir de allí, todo iría bien; pero si podía escapar y volver a Molokai, su hija y el esposo de ésta lo pasarían mal. Hablaron de su don de hincharse y de si podría atravesar caminando los mares. Pero Keola sabía ya dónde estaba aquella isla, que era en el archipiélago bajo o peligroso. Así que cogieron un atlas y observaron en el mapa la distancia y les pareció que demasiado grande para que la pudiese salvar un anciano. Con todo, no podía uno estar seguro de un brujo tan taimado como Kalamake, por lo cual decidieron aconsejarse con un misionero blanco.

De modo que Keola narró todo lo sucedido al primer misionero que encontró, y éste le reprendió mucho por haber tomado una segunda esposa en la isla baja; pero de todo lo demás, le dijo que no podía decirle nada en concreto.

-No obstante -añadió-, si piensas que ese dinero de tu suegro es mal adquirido, te aconsejo que lo repartas entre los leprosos y el fondo de la misión. Y en cuanto a esta historia extraordinaria no podéis hacer mejor cosa que guardarla para vosotros.

Keola y Lehúa siguieron su consejo y repartieron mucho dinero tanto entre los enfermos de lepra como a la iglesia. Y sin duda aquella decisión fue extraordinaria, puesto que desde aquel momento no se ha vuelto a oír nada de Kalamake. ¿Pero quién sabe si le mataron en la batalla junto a los árboles o si está aún dando vueltas en la Isla de las Voces?